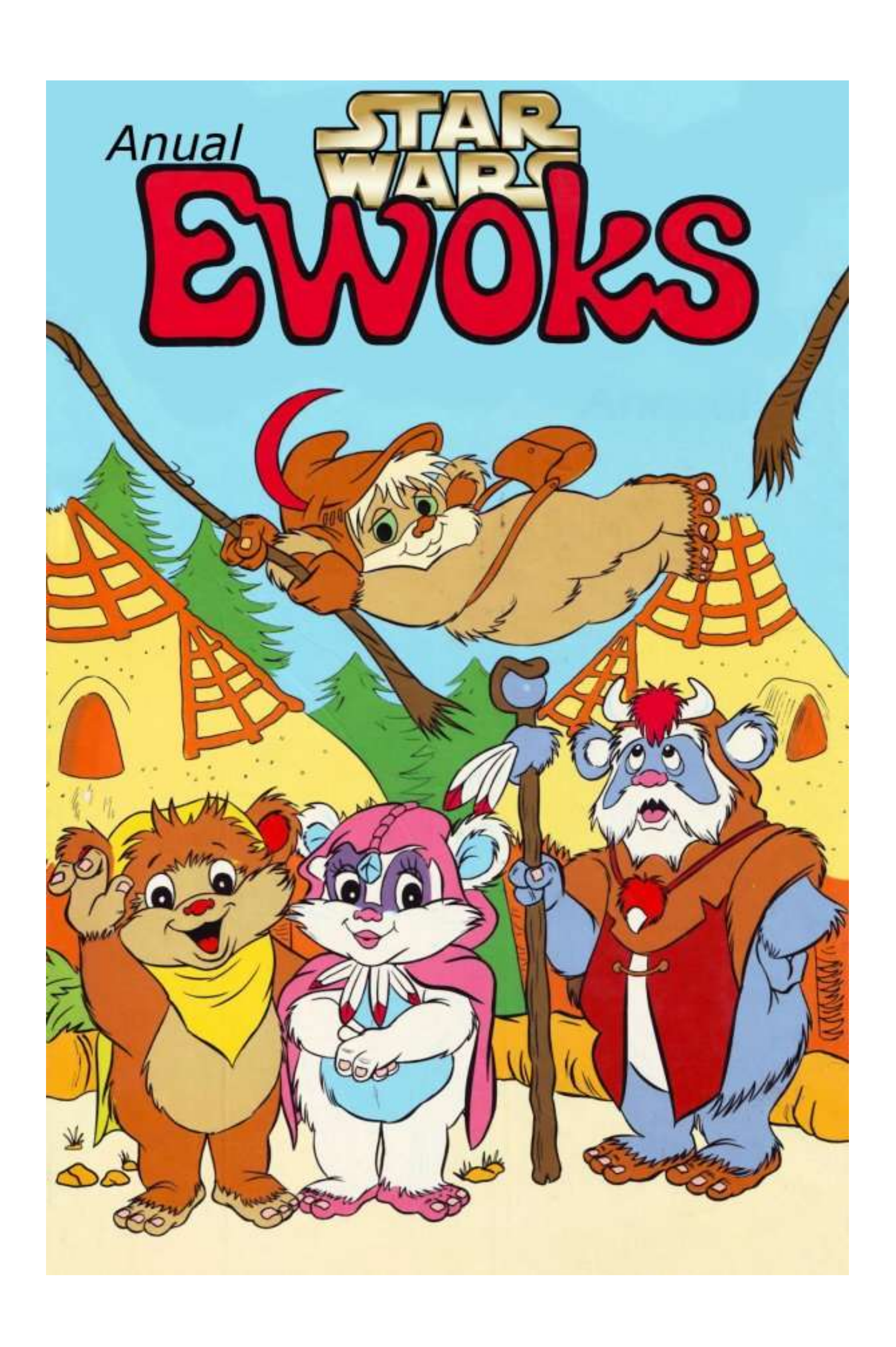

Anual
STAR WARS
Ewoks

El Anual de los Ewoks se publicó en el Reino Unido, incluía la reimpresión de un par cómics y unos relatos originales que han sido traducidos aquí.

Relatos incluidos:

- ¡El secuestro del Jefe Chirpa!
- ¡El retorno del Grandioso!
- ¡La princesa de hielo!



Anual de los ewoks

Relatos recopilados



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Títulos originales: *Chief Chirpa Kidnapped!*, *Return of the Great One!*, y *The Ice Princess!*

Autor: anónimo

Publicado originalmente en *Ewoks Annual*

Publicación del original: 1988

unos 3 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

25.12.15

Base LSW v2.21

Declaración

¡El secuestro del Jefe Chirpa!

Todo el claro del bosque resonaba con el sonido de las risas. Todos los ewoks se habían disfrazado de fantasmas y se lo estaban pasando de maravilla en su fiesta anual de Hallowe’en; uno de los mejores eventos del año.

—¡Groar!

—¿Qué es eso? —jadeó Wicket sobresaltado cuando un espeluznante espectro se alzó ante él y casi le hace perder el disfraz del susto.



—Sólo soy yo —dijo Teebo con una risita—. Esta fiesta es muy divertida, ¿verdad?

—¿S-sí? —dijo Wicket, pero obviamente no las tenía todas consigo.

Justo en ese momento la princesa Kneesaa cruzaba bailando el claro, riendo alegremente.

—Mirad eso —dijo ella, señalando una gran criatura roja que se encontraba al borde del claro—. Alguien se ha disfrazado de hanadak.

—Me pregunto quién será —dijo Teebo.

—¡Peligro! —gritó Wicket—. Eso no es ningún disfraz. Es un hanadak de verdad. Mirad los colmillos.

De pronto la atmósfera cambió cuando el miedo se extendió por el pueblo. Wicket congregó a los ewoks tras él, gritó «¡A la carga!» y los valientes ewoks corrieron al ataque.

Con un barrido de su poderosa cola, el hanadak lanzó por los aires a los valerosos ewoks.

—Vamos —dijo Wicket poniéndose en pie—. Tengo una idea.

Teebo y Kneesaa le siguieron a través del pueblo hacia donde se encontraba el Hanadak en ese momento.

—Recoged tantas hojas de dlock azul como podáis —dijo, señalando una alta planta repleta de grandes hojas.

Los tres ewoks pronto dejaron pelada la planta y entonces Wicket condujo a los demás hasta donde se encontraba el Hanadak.

—Ahora arrojadlas sobre la bestia —ordenó, y en un instante el hanadak quedó cubierto por el follaje. El aire se llenó de un aroma embriagador, ya que las hojas de la planta dlock eran las más fragantes y relajantes de todas las plantas del bosque.

Antes de que pudiera decirse «¡Dangar!», una amplia sonrisa se dibujó en el feo rostro del hanadak, y dio media vuelta internándose en el bosque. Wicket, Teebo y Kneesaa también sonreían ampliamente al regresar junto a los demás ewoks que les vitoreaban ruidosamente.

—Sigamos con la fiesta —dijo Kneesaa con una risita, y pronto los ewoks volvieron a disfrutar inmensamente.

Mientras todo esto tenía lugar, el jefe Chirpa había estado en el almacén de la cosecha preparando la comida para la fiesta. Estaba tan absorto en lo que estaba haciendo que no había escuchado los sonidos de la batalla que había tenido lugar. Tampoco había escuchado cómo un dulok se colaba en el almacén de la cosecha.

El dulok y los dos compañeros que le esperaban fuera se habían enterado de la fiesta de Hallowe'en y habían decidido que, con todos los ewoks ocupados divirtiéndose, sería un buen momento para saquear el almacén de la cosecha.

Estaba muy oscuro en el almacén y el dulok no vio al jefe Chirpa, que estaba ocupado en su tarea. Pensando que todo estaba despejado, indicó a sus dos cómplices que entraran.



Los tres avanzaron de puntillas en el oscuro almacén. Estaba tan oscuro que no vieron la escalera, subido a la cual el jefe Chirpa estaba alcanzando algunas nueces de árbol crujiente. El primer dulok tropezó con la escalera. El segundo dulok tropezó con el primer dulok. Y el tercer dulok tropezó con los otros dos y, al caer, hizo que la escalera se tambaleara salvajemente.

El jefe Chirpa trató desesperadamente de mantener el equilibrio y se agarró a la esquina de un pesado saco en el estante superior. ¡Pero no sirvió de nada! ¡Zas! Voló por los aires llevándose el saco consigo. Se escuchó un fuerte «plop» al aterrizar en una caja de madera. El saco cayó sobre él, cubriéndole completamente.

Los aturdidos duloks recobraron la compostura. Para entonces, sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra y podían ver el saco de comida que asomaba de la caja. Pero, claro, no podían ver al jefe Chirpa debajo de él.

—¡Mirad! —dijo alegremente uno de los duloks—. Una caja de comida. Llevémosla a nuestro campamento para la cena.

Para entonces la fiesta de los ewoks volvía estar de nuevo a toda marcha, y nadie advirtió cómo los tres duloks, tambaleándose bajo el peso de la caja, se escabullían del claro y se dirigían de vuelta a su campamento.

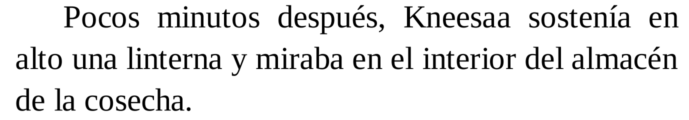
—Ojalá padre traiga pronto la comida —dijo la princesa Kneesaa—. Me muero de hambre.

—Vayamos a buscarle —dijo Teebo.

Wicket, Teebo y la princesa se dirigieron al almacén de la cosecha y se asomaron al interior.

—No puedo ver nada —dijo Kneesaa—. Traedme una linterna.





Pocos minutos después, Kneesaa sostenía en alto una linterna y miraba en el interior del almacén de la cosecha.

—¡No está aquí! —dijo—. ¡Y mirad!

Señaló la escalera, y luego al suelo.

—Aquí hay algo raro. Eso son huellas de dulok.

—No pueden haberle secuestrado, ¿verdad? —dijo Wicket con un jadeo de asombro.

—¿Qué otra cosa puede haberle pasado? —preguntó Teebo.

—Sigamos las huellas —dijo Kneesaa.

Justo mientras los tres ewoks estaban hablando, el trío de duloks había llegado a su campamento. Depositaron la caja frente a su jefe.

—¡Abrid el saco! —ordenó.

Los tres ladrones dulok extrajeron el saco de la caja y allí, mirándoles fijamente, apareció un furioso jefe Chirpa.

—¡Atrapadle! —rugió el jefe.

—Atrápelo usted mismo —dijo un dulok cobarde con voz temblorosa.

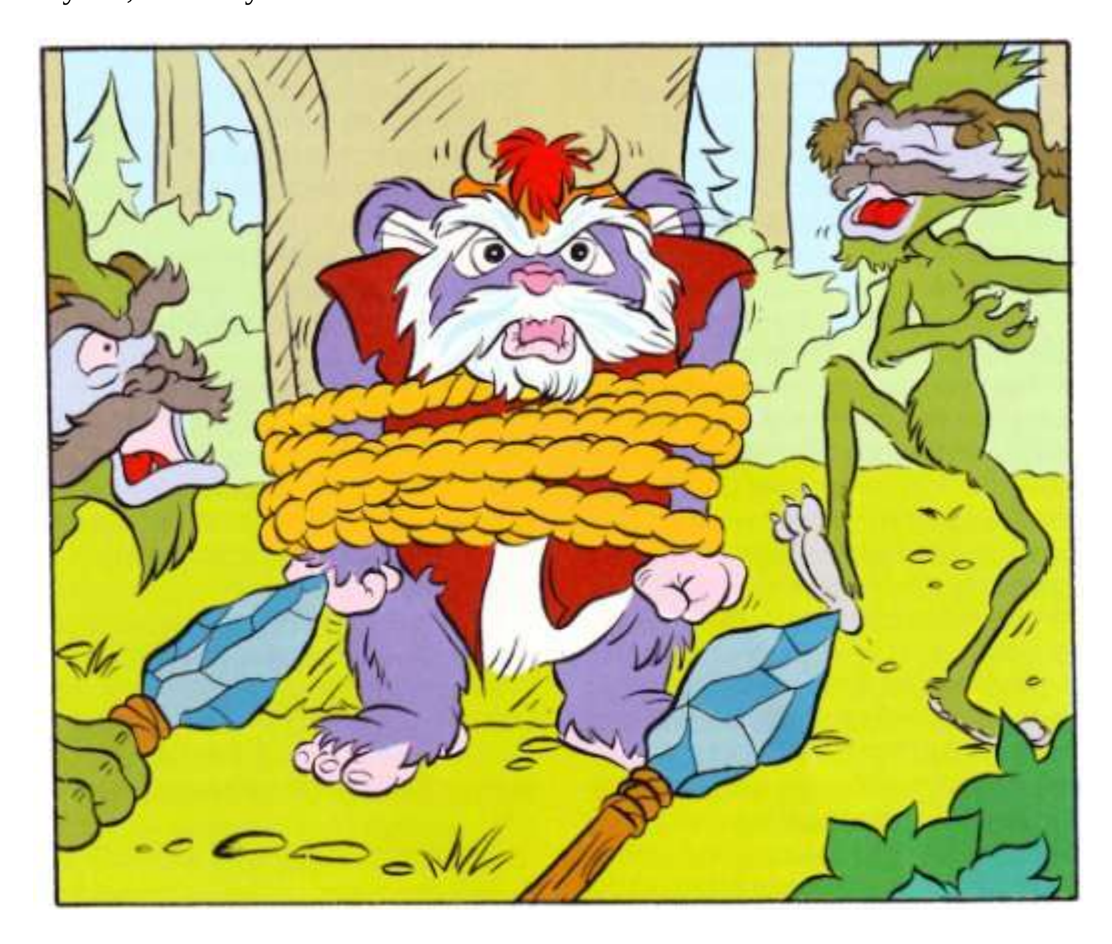
—¡Estúpido! —dijo el jefe, saltando sobre el jefe Chirpa y atrapándolo en el interior de la caja—. Traedme una cuerda.

El jefe Chirpa casi había conseguido sacarse al jefe dulok de encima del pecho cuando lanzaron hacia él una cuerda muy larga. Pero aunque se debatió con todas sus fuerzas, le superaban en número y pronto quedó atado.

—Arrastradlo junto al árbol y atadlo a él.

Pocos minutos después, el jefe Chirpa estaba fuertemente atado a un gigantesco árbol baccy.

—¡Esperad y veréis! —rugió Chirpa—. Cuando me libere, os tendré a todos vosotros de desayuno, comida y cena.



Los duloks bailaron alrededor de su prisionero, riendo y haciéndolo muecas.

—Pediremos un rescate. Pediremos un rescate —se burlaban.

Chirpa rugió y bramó tan alto que, aunque estaba atado al árbol, los duloks retrocedieron asustados.

—¡Todo este ruido me está dando dolor de cabeza! —dijo el jefe dulok—. Dejémosle y comamos algo.

Los duloks se retiraron a sus mesas y pronto estuvieron devorando una copiosa comida. Chirpa seguía rugiendo y gritando.

—Va a hacer que me indigeste —se quejó el jefe dulok—. ¿No puede hacerle callar nadie?

—¡Hágalo callar usted mismo! —dijo un dulok.

—Te haré callar a ti —rugió el jefe, y pronto los duloks estuvieron luchando entre ellos.

El sonido de la lucha llenaba el bosque.

—¡Escuchad! —dijo Teebo quien, con sus dos amigos, seguía siguiendo las huellas.

—¡Duloks! Debemos de estar cerca de su campamento.

—Siguieron los sonidos y pronto estuvieron en el límite del campamento de los duloks.

—Ahí está padre —susurró Kneesaa—. Por ahí.

Los duloks seguían luchando entre sí y no vieron a Wicket mientras este avanzaba sigiloso hasta el jefe Chirpa y le liberaba cortando sus ataduras.



—¡Aagghh! —Con un poderoso rugido, el jefe Chirpa saltó al fragor de la lucha, golpeando aquí y allá a sus enemigos hasta que todos quedaron dispersos por el claro, tan aturdidos que veían las estrellas.

—Volvamos a nuestro poblado —dijo a los otros, y les condujo a su hogar a través del bosque.

Los ewoks estaban tan contentos de volver a ver a su jefe que, aunque ya era muy tarde, se preparó un gran banquete.

Mientras tanto, en el campamento de los duloks, el jefe y sus hombres eran una visión muy lamentable. Estaban llenos de vendajes y moratones.

—Gracias a los dioses que se ha ido —dijo el jefe—. No habría soportado mucho más tiempo todos esos gritos. Qué viejo tan ruidoso. Vosotros podéis consideraros afortunados de tenerme a mí como líder en lugar de ese malhumorado viejo Chirpa.

—Sí —convino un dulok cercano—. Usted es mucho más pusilánime que él.

—Cuidado con lo que dices —dijo el jefe—. O puede que haga una tregua con los ewoks y pida a Chirpa que sea también nuestro líder.

—¡No sería usted capaz! —jadearon los duloks con una sola voz—. Eso sería…

—¿Inconcebible? —sugirió el jefe.

—¡Sí! —contestaron a coro.

—Entonces, ya no tendremos más in… subordicomo-se-diga —continuó.

—… nación —dijo el único dulok con más de una centésima parte de cerebro.

—¡Salud! —dijo el jefe—. Será mejor que vayas a ver al chamán y que te dé algo para ese resfriado.

¡El retorno del Grandioso!

Wicket estaba tumbado junto a su amigo en la suave hierba del bosque. Bostezó y dijo:

—No hay nada como la paz y la tranquilidad del bosque en la Estación del Sol, ¿eh, Teebo?

Teebo se puso en pie.

—Salvo que hace demasiado calor. ¡Vamos! Te echo una carrera hasta la presa. Podemos refrescarnos allí.

Los dos ewoks corrieron por el bosque hacia la presa que estaba más arriba del poblado.

—¡Cudvarrk! —jadeó Wicket, deteniéndose para recuperar el aliento—. ¡No tan rápido!

—¡Dangar! —gritó Teebo, deteniéndose de repente, porque el duro suelo del bosque de pronto estaba cubierto de agua. Lo que debía haber sido tierra secada por el sol, era barro pantanoso.

Antes de que Wicket pudiera decir nada se escuchó un fuerte estruendo y el aire se llenó del sonido del agua al correr.

—¡Es la presa! —gritó Wicket—. Los duloks deben de haberla quebrado. Están intentando inundarnos.

—Debemos regresar al poblado lo más rápido posible —dijo Teebo con un jadeo—. Debemos advertir al jefe Chirpa. —Mientras hablaba, corría hacia un caballo snarlf que pastaba cerca—. Vamos, Wicket. Cabalgaremos de vuelta con esta belleza.



Los dos ewoks saltaron a lomos del caballo y galoparon hacia el poblado.

Tan pronto como escuchó lo que había pasado, el jefe Chirpa convocó a Chukha-Trok, el carpintero.

—Necesitamos construir un dique inmediatamente —dijo al fornido ewok—. La presa ha sido saboteada.

—Dejádmelo a mí —dijo Chukha-Trok. Pocos instantes después se escuchó el sonido de dos poderosos hachazos del carpintero seguidos por un fuerte estruendo cuando Chukha-Trok derribó un árbol gigantesco.

Justo a tiempo, cayó en el camino de las aguas desbocadas que amenazaban con inundar el poblado.

—¡Veek! —dijo Teebo con un suspiro de alivio, cuando las aguas rodearon el árbol y cayeron por un acantilado creando una espectacular cascada—. Ahora tenemos tiempo para reparar la presa.

***

Los ewoks habían vivido en el bosque durante cientos de años y creían que sabían todo lo que había que saber de él… pero lo que no sabían era que en las profundidades bajo el suelo del bosque había una vasta caverna oscura. Durante miles de años nada había penetrado el fantasmal silencio, pero el día que se rompió la presa una gota de agua se filtró profundamente en la tierra y aterrizó con un fuerte «plop» que resonó en la caverna. Y luego otra… y otra.

De pronto, otro sonido estremeció la caverna. Era un «¡Urrrrgggghhhhh!» muy, muy fuerte; tan fuerte que las paredes de la caverna comenzaron a temblar: tan fuerte que mucho más arriba, en el bosque, los ewoks temblaron de miedo.

—¿Qué es eso? —dijo Teebo con un jadeo mientras la tierra se sacudía tan violentamente que tuvo que agarrarse a un árbol para mantenerse en pie.



¡Kffllnnnch! Era como si el bosque hubiera sido golpeado por un terremoto mientras los árboles se caían y los escombros salían despedidos por todas partes. Un gigantesco agujero apareció en el suelo y los ewoks miraron incrédulos como una monstruosa cabeza aparecía en él. Salía vapor de los asombrosos orificios nasales de la criatura. Abrió su ancha boca y los ewoks quedaron aterrorizados por los temibles colmillos que asomaban. ¡Cada colmillo era tan grande como un ewok adulto!

El jefe Chirpa jadeó.

—E-e-e-es un k-k-k-kradak —tartamudeó—. Uno de los G-g-grandiosos. Llevaban miles de años extinguidos.

Teebo buscó consuelo abrazándose a Wicket cuando el gigantesco monstruo comenzó a salir de la tierra. Con cada sacudida de su terrible cuello, un árbol del bosque caía con estrépito al suelo.

—¡Si rompe nuestro árbol de apoyo, estamos condenados! —gritó el jefe Chirpa—. ¡Logray! —gritó—. Haz algo.

Logray, el viejo e inteligente sabio de los ewoks, salió corriendo de su choza. Mientras corría hacia el jefe, una rama cayó de un árbol y le golpeó dejándole sin sentido. La princesa Kneesaa corrió junto al viejo ewok y se arrodilló a su lado. Cuando vio que no estaba gravemente herido, salió corriendo hacia su choza. Teebo y Wicket corrieron tras ella y la encontraron mezclando una poción con las hierbas y aguas que Logray guardaba allí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Wicket.

—A menudo he observado cómo Logray mezcla sus pociones —respondió la princesa—. Creo que sé cómo ocuparnos del monstruo.

Teebo miró al exterior de la choza. El monstruo ya había logrado salir del agujero y era tan alto que Teebo tenía que inclinar el cuello hacia atrás para poder ver su cabeza. De sus orificios nasales salían grandes chorros de fuego. A su alrededor, valerosos ewoks le golpeaban y le daban patadas, pero el monstruo ni siquiera los advertía.

—¡Aprisa, Kneesaa! —gritó Teebo.

—¡Terminé! —exclamó la princesa Kneesaa, mientras salía corriendo de la choza, sosteniendo un gran cuenco de un líquido verde humeante—. Esto debería calmar al monstruo.



En su precipitación, la princesa no vio un manojo de ramas.

—¡Oh, no! —gimió mientras el cuenco se le escapaba de las manos, lanzando su contenido sobre los ewoks que se encontraban en tierra más abajo.

Uno a uno, los ewoks cayeron al suelo y se quedaron inmóviles donde cayeron.

—Kneesaa, patosa —dijo Wicket—. Has mezclado una poción somnífera. Todo el mundo está inconsciente salvo tú, yo y Teebo…

—¡Y el monstruo! —exclamó Teebo.

Un fuerte rugido de la feroz bestia agitó las hojas de los árboles, cubriendo de follaje a los tres amigos.

—Salgamos de aquí —gimoteó Teebo.

—No seas tonto —ladró Wicket—. Si no hacemos algo, nuestro poblado será destruido.

Mientras tanto, Kneesaa había corrido de vuelta a la choza de Logray y estaba ocupada mezclando otra poción.

—Mantened ocupado al monstruo —gritó.

—¿Que lo mantengamos ocupado? —gruñó Teebo—. ¿Qué quiere que hagamos? ¿Que nos pongamos a jugar al Monopoly con él?

Justo entonces, la princesa Kneesaa salió corriendo de la choza llevando otro cuenco. Esta vez el líquido del interior era amarillo.

—Creo que esto debería ser lo suficientemente fuerte como para hacer que el kradak se duerma…

Y mientras hablaba se resbaló con una hoja húmeda y se deslizó a lo largo de la rama. El cuenco se le cayó de las manos y su contenido se vertió sobre la espalda del monstruo.

Dejó escapar un furioso rugido cuando el líquido hirviente le quemó la carne.

—¡Mirad! —gritó la princesa, señalando al kradak.

Los tres ewoks miraron asombrados cómo la criatura comenzó a encoger. Se hizo más pequeña… y más… y más pequeña, hasta que no fue mayor que la mano de un ewok.

—Kneesaa, eres fantástica —vitoreó Wicket—. Mezclaste una poción reductora, en lugar de una somnífera. Estamos salvados.



Para cuando los demás ewoks volvieron en sí, Wicket y la princesa habían construido una pequeña jaula para el diminuto monstruo que mostraba un aspecto muy lamentable.

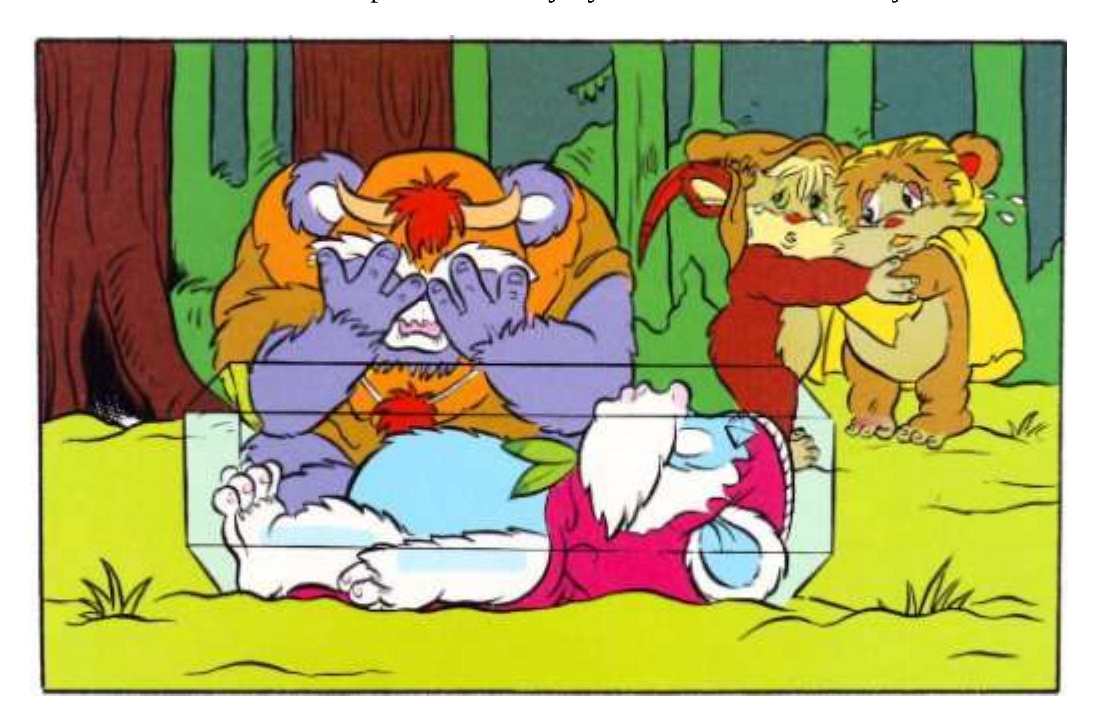
—Sabes, Teebo —dijo Wicket—. Si desviamos parte del agua del dique al agujero antes de que reparemos la presa, podríamos hacer una súper piscina.

—Qué idea tan genial —convino Teebo—. Pero hagámoslo mañana. Ya he tenido suficiente por un día.

¡La princesa de hielo!

La Estación de las Nieves había regresado a Endor. Habitualmente el bosque resonaría con las risas de los ewoks jugando en la nieve, pero no este año. Los ewoks estaban de duelo.

Cuando llegaron las primeras nieves, la princesa Kneesaa, Wicket y Teebo estaban deslizándose en trineo cuando la princesa se cayó y le mordió un escarabajo de hielo.



Wicket tenía el corazón roto y permanecía de pie sollozando junto a Teebo, observando a la hermosa princesa dentro de una tumba de cristales de hielo. El jefe Chirpa estaba arrodillado junto a su hija, cubriéndose con las manos los ojos llorosos.

—¿No hay nada que podamos hacer? —preguntó Teebo.

—No lo sé —dijo Wicket—. El maestro Logray está revisando todos sus pergaminos. Tal vez encuentre algo.

Justo entonces el viejo sabio se aproximó a los tres dolientes.

—¿Has encontrado una respuesta? —dijo lloroso el jefe Chirpa.

—Hay un modo —dijo Logray—. Pero está plagado de peligros. El veneno del escarabajo de hielo sólo puede combatirse con el jugo de la planta de fuego…

—Pero esa planta sólo se encuentra en la Montaña Maldita —gimió el jefe Chirpa.

La Montaña Maldita era el hogar de los gigantes de escarcha. Ninguno de los ewoks que se había aventurado allí había vuelto a ser visto.

—Incluso si eso funcionara, no puedo prescindir de mis hombres —dijo el jefe—. Los duloks están hambrientos. Este año fueron demasiado vagos para recoger sus cosechas y ya han comenzado a atacar nuestros almacenes. Necesito a todos mis hombres para mantenerlos alejados.

—Tendrá que prescindir de Teebo y de mí —dijo Wicket con valentía—. *Nosotros* iremos a la montaña.

—¿Nosotros? —exclamó Teebo—. ¿Cómo?

—¡Con el planeador! —dijo valientemente Wicket—. Y tendremos éxito.

Pocos días después, tras un vuelo sin incidentes, Wicket y Teebo aterrizaron con sus planeadores en la base de la Montaña Maldita. La cima estaba demasiado alta como para intentar llegar volando, así que, con púas para el hielo sujetas en los pies para tener algo de agarre en la lisa superficie de la montaña, comenzaron a escalar el pico.

—Wicket —dijo Teebo, mientras ascendían con esfuerzo la empinada pendiente—. ¿Qué es grande, rojo, vuela, y come ewoks para cenar?

—Ahora no es momento para bromas —exclamó Wicket.

—¿Quién está bromeando? —dijo Teebo, tragando saliva, mientras señalaba a un letal pájaro dragón rojo que se lanzaba hacia ellos.

Con un graznido capaz de helar la sangre, el pájaro dragón se abalanzó hacia los dos Ewoks. Teebo se aferró a la superficie de la montaña buscando protección, pero las alas del pájaro dragón le golpearon en la espalda y le hicieron perder el equilibrio



—¡Aaaaaaaaahhhh! —Su grito llenó el aire mientras caía hacia las rocas dentadas de más abajo.

A escasos metros más abajo en la montaña, Wicket observó horrorizado cómo su amigo caía hacia él. Sujetándose precariamente con una mano a una planta que sobresalía, de algún modo consiguió agarrar la pierna de Teebo cuando este pasaba a toda velocidad. El impulso casi hizo que Wicket cayera de la montaña, pero aguantó con firme determinación mientras Teebo conseguía ponerse a salvo.

—Esto es una novedad —dijo Wicket con una risita nerviosa—. ¡Normalmente eres tú el que agarra mi pierna!

Teebo estaba demasiado conmocionado para pensar en algo gracioso que decir, y los dos continuaron trepando en silencio hasta que llegaron a una cornisa.

Con gran batido de alas, el pájaro dragón volvió a lanzarse sobre ellos. Justo a tiempo, Wicket vio una grieta en la pared rocosa y Teebo y él se apretujaron en su interior. Imaginad su sorpresa cuando descubrieron que la grieta era, en realidad, la entrada a una cueva.

—Vamos —dijo Wicket—. Prefiero enfrentarme a lo que haya aquí dentro que aguantar contra el pájaro dragón.

Pocos minutos después, la voz de Teebo resonó por un laberinto de túneles.

—Al menos si nos hubiéramos quedado fuera, habríamos muerto rápidamente. ¡Ahora estamos perdidos y probablemente nos moriremos de hambre lenta y miserablemente!

—También es posible que salgamos adelante —dijo Wicket.

A Teebo le parecía que llevaban horas en los túneles antes de girar una esquina oscura y detenerse asombrados. Porque frente a ellos se encontraba una enorme caverna iluminada por cientos de cristales brillantes. En un extremo había una mesa dispuesta con comida de aspecto delicioso.

—Al menos no nos moriremos de hambre —dijo Teebo, corriendo hacia la mesa.

—¡Vuelve, Teebo! —ordenó Wicket—. No tenemos tiempo para comer. Debemos encontrar la planta de fuego y no la encontraremos aquí. ¡Eso es seguro!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Teebo.

—Porque creo que esto debe ser el salón del trono del rey de los gigantes de escarcha, y obviamente es improbable que los gigantes de escarcha tengan la planta de fuego.

—¿Por qué?

—Los derretiría, tonto.

—No hace falta que te acalores —exclamó Teebo—. Muy bien. Vamos.

Pero era demasiado tarde, porque mientras Teebo hablaba, una procesión de gigantes de escarcha entró en la caverna, anunciando la llegada del rey.

Los ewoks tragaron saliva ante lo que estaban viendo, porque los gigantes de escarcha eran realmente gigantescos, al menos ocho veces el tamaño de un ewok.

—Corre —gritó Wicket. Pero antes de poder moverse, Wicket y Teebo fueron rodeados por un círculo de gigantes de escarcha.

—¡Intrusos! —rugió el rey.

—Su Majestad —dijo Wicket, tragando saliva y agachando la cabeza—. No pretendíamos ser intrusos. Intentábamos…



Pero antes de que Wicket pudiera terminar, el rey de los gigantes de escarcha le agarró con su mano helada.

—Estáis condenados —dijo—. Tenemos un modo especial de tratar con los invitados no deseados. Les echamos el aliento.

—Oh, bueno —dijo Teebo—. Mientras no hayáis comido demasiado ajo, no puede ser tan malo.

Pero Wicket había escuchado la leyenda del aliento de los gigantes de escarcha. Cualquiera que fuera tocado por él, se convertía al instante en un bloque de hielo.

Justo cuando parecía que los ewoks estaban condenados, dos guardas entraron apresuradamente en la sala del trono.

—Sire —dijo uno entre jadeos—. El pájaro demonio ha regresado. Estamos siendo atacados.

Wicket se dio cuenta de que el guarda se refería al pájaro dragón, y pudo ver que los gigantes de escarcha estaban aterrorizados: y con razón, pues un resoplido del aliento del pájaro dragón y los gigantes se derretirían.

—Sire —dijo Wicket—. Teebo y yo nos encargaremos de él. Tengo un plan.

Wicket puso rápidamente su plan en acción. Ordenó a los gigantes que construyeran un inmenso muro de hielo en el mismo borde de la cima de la montaña. Entonces pidió a uno de ellos que le condujera de vuelta a la entrada del laberinto, que estaba justo bajo la cima. Podía ver al terrible pájaro volando en las inmediaciones.

Wicket hizo un ruido muy desagradable y el pájaro dragón se abalanzó sobre él. Justo cuando parecía que el pájaro iba a atrapar al valiente ewok, Wicket gritó:

—¡Ahora!



Y salió corriendo de vuelta al túnel. Por encima, en la cima, los gigantes de escarcha empujaron con todas sus fuerzas el gigantesco muro, y antes de que pudieras decir «¡Ewok!», se desplomó montaña abajo en una enorme avalancha y chocó contra la cornisa.

El pájaro dragón graznó al quedar enterrado bajo toneladas de hielo, y entonces ya no se le escuchó más.

Teebo miró hacia abajo y comenzó a sollozar, pues pensaba que su amigo había muerto junto al pájaro dragón.

—¡Muerto! —sollozó—. ¡Wicket está muerto!

—Bueno, creo que ha sido todo un éxito —dijo una voz detrás del ewok lloroso. Se dio la vuelta y allí, con un aspecto bastante tranquilo, estaba Wicket, de pie como si no hubiera pasado nada.

—¿Cómo…? —comenzó a decir Teebo.

—Te lo explicaré luego —dijo Wicket.

—Ewoks —dijo el rey de los gigantes de escarcha—. Nos habéis salvado. ¿Cómo podemos recompensaros?

—Si Su Majestad es tan amable —dijo Wicket—, todo lo que queremos es saber dónde crece la planta de fuego…

—Os lo mostraremos, pero no nos atrevemos a acercarnos a ella —dijo el rey…

Cuando Wicket y Teebo regresaron a la aldea con la planta de fuego, Logray consultó inmediatamente sus pergaminos y comenzó a preparar una poción humeante. Cuando hervía furiosamente la vertió sobre la forma helada de Kneesaa.

Todos los ewoks observaron impacientes y hubo un inmenso suspiro de alivio cuando el hielo comenzó a derretirse. Pronto quedó libre de su prisión congelada y una gran aclamación resonó por el bosque.



El jefe Chirpa estaba tan agradecido que apenas podía hablar. Pero finalmente recuperó el habla y dio las gracias una y otra vez a sus dos fieles ewoks.

—No ha sido nada —dijo modestamente Wicket.

—Estamos aquí para cuando nos necesite —dijo Teebo valientemente.

—Vayamos a jugar en la nieve —dijo la princesa Kneesaa con una sonrisa.

Pocos minutos después, los ewoks se lo estaban pasando como nunca lanzándose disparados por las pendientes nevadas con sus trineos… salvo Wicket y Teebo. ¡Ya habían tenido suficiente nieve y hielo para toda la estación!